

infinito a los hombres de un Dios Crucificado.

Dios, a quien nadie ha visto nunca, y que nos ha mostrado su rostro en Jesús el nazareno, adquiere forma y figura en las calles de Daimiel, por la fe, el amor, el arte y el entusiasmo de sus gentes que las distintas Cofradías y Hermandades han sabido encauzar y mantener. El relato evangélico se visibiliza paso a paso en el esplendor de sus procesiones, desde la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén hasta el anuncio glorioso de la Resurrección en la mañana de Pascua.

Los niños y niñas de Daimiel, todo lo llenan en la mañana del Domingo de Ramos; sus cantos, sus palmas, sus túnicas encarnadas con cíngulos blancos, las ánforas de las samaritanas, todo es revivir el triunfo de Jesús y la alegría del pueblo que lo recibe como Bendito en el nombre del Señor. Daimiel se hace Jerusalén en día de fiesta la mañana de Domingo de Ramos. Los niños, junto al Cristo de la borriquilla, son los protagonistas. Ellos reciben siempre con alegría al Señor que luego, de mayores, rechazamos.

El Martes Santo, en el ocaso del día, el Cristo de la Luz y la Virgen Dolorosa, recorren las calles de Daimiel, en un viacrucis solemne y sencillo a la vez, que la Archicofradía de la Pasión se encarga de promover y organizar con la Comunidad de los Pasionistas. La noche se ilumina al paso de la Luz que el Cristo proyecta. Después de la multitudinaria y alegre procesión de Ramos, esta es la primera procesión de dolor de la Semana Santa daimieleña. Es criterio de la Cofradía y tradición muy querida, que la imagen del Cristo recorra las calles por las que no pasa ninguna procesión, para que sus vecinos sientan la mirada luminosa de su Cristo.

En mis recuerdos de religioso joven de 18 años está grabado el viacrucis del Martes Santo Daimieleño. Los jóvenes estudiantes pasionistas, vestidos con su hábito de luto por la muerte del Señor rodeábamos la venerada imagen con recogimiento y modestia conventual, como queriendo compartir con el pueblo de Daimiel lo que cada día contemplábamos en nuestro retiro. Tres años seguidos, del 1975 al 1977, viví con emoción este viacrucis callejero, sintiéndome ya entonces, un daimieleño más allí comprobé la savia pasionista del pueblo de Daimiel, mientras nos preparábamos a ser pregoneros de la Pasión.

Las imágenes del Cristo de la Luz y de la Virgen Dolorosa, devuelven a los daimieleños en esta noche, las continuas visitas que a lo largo del año reciben de tantos hombres y mujeres, de jóvenes y niños, que a su Ermita acuden en busca de Luz y Gracia.

El cartel anunciador, providencialmente, recoge este año el paso entrañable del Stmo. Cristo de la Luz, escultura tallada del escul-

tor, de feliz memoria, D. Rafael Iruroqué, y de la imagen de la Virgen Dolorosa, siempre asociada a la obra redentora de Cristo.

De la Luz al Consuelo, es el mismo rostro de Cristo que el pueblo conoce también como Consolador, el que de la Iglesia parroquial de San Pedro sale en la noche del Miércoles Santo, a impulsos del encendido entusiasmo y amor de la Real e Ilustre Hermandad Sacramental del Santísimo Cristo del Consuelo. Otro viacrucis que mantiene viva la memoria de los daimieleños en el Misterio del Dios Consolador, que ha querido padecer con nosotros para consolarnos mejor.

El Jueves Santo, el día del Amor, del Mayor Amor, de la Caridad sin límites, llega con resonancias de reconciliación y fraternidad. Daimiel ha vivido en las primeras horas de la tarde la dulce experiencia de la Cena de Jesús, su amor al Padre, su deseo de que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en Mí y yo en Ti; ha visto con asombro el abajamiento de Cristo, el Maestro y el Señor, que lava los pies a los discípulos, y ha retenido en su memoria y en su corazón, el Mandamiento Nuevo del Amor, el Testamento de Jesús. Después abismado en el Misterio del Amor, ha recibido el Cuerpo y la Sangre



*Santísimo Cristo del Consuelo*